

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 15 DE ENERO DE 1923

No. 17

Un voto en blanco

Por LEOPOLDO LUGONES

CREO que puedo adjudicarme sin demasía la representación de las cuatro o seis docenas de votos en blanco clasificados en cada elección, al ser el mío uno de los tales, y al anticiparme todos ellos la perfecta conformidad. No aspiro como mis ignotos cofrades a ninguna otra representación, bastándome la propia, que me cuesta no poco trabajo y que desempeño bastante mal: revelación del espejo filosófico al cual debo el benévolo fatalismo que refleja la candidez de mi sufragio.

Nuestra actitud—pues aquí empiezo a hablar en nombre de la representación que invisto—es una prueba de ilimitado respeto a la voluntad del pueblo soberano. Aceptamos, así, con disciplina ejemplar, el Gobierno que quiera darnos. Y nos anticipamos a hacerlo, porque nos sabemos insignificante minoría. Esto elimina, a la vez, todo peligro para la democracia, ya que la inmensa mayoría restante vota con persistencia eficaz.

En recompensa de esta conducta, inofensiva y respetuosa a la vez, pedimos tan sólo que se nos olvide. Nuestro sobre vacío es una protesta contra la absurda obligación de tener apetito en pleno desgano: manifestación que hacemos con pesar, por no haberse entendido la simbólica abstinencia de esa vaciedad leve como la sombra y discreta como el silencio...

Si la democracia fuera accesible a la filosofía, le diríamos que la libertad es un estado negativo, como la salud, pues una y otra consisten en no hallarse el sujeto oprimido ni enfermo: inferencia resultante de la defectuosa condición humana, que sólo reaccionando ante el dolor adquiere conciencia de la dicha. Como que padeciendo empezamos a vivir, siendo el dolor lo primordial para nosotros: el primer punto de referencia para nuestra conciencia en formación.

Pero este argumento, de lógica natural, no puede entenderlo la democracia, que es una paradoja.

Queremos decir la democracia mayoritaria o moderna, para la cual el «sí» o el «no» del mayor número definen la verdad, la razón y la justicia:

no porque revelen mayor ciencia o conciencia, sino porque comprueban de qué lado está la fuerza material con la cual puede imponerse a los menos, aterrorizándolos o suprimiéndolos, la mentira por verdad, el dislate por razón y la iniquidad por justicia.

La democracia así concebida es el gobierno de la fatalidad, y constituye esencialmente un estado de barbarie. Procede, en efecto, de las tribus germánicas que invadieron el Occidente, aun cuando es peculiar a toda agregación bárbara de análogo carácter, como la horda tártara o la indiada patagónica. Y aunque la titulen después colectivismo, socialismo, maximalismo, no pierde su filiación histórica ni su condición esencial.

Verdad, razón y justicia, son para el hombre libre otras tantas satisfacciones de la conciencia individual, con arreglo a las cuales se gobierna cada uno. De suerte que toda imposición de una de ellas a la fuerza, le causa una tortura que llama despotismo. Mas, para raciocinar así, resultando la entidad libre que suponemos, el individuo debe ser un hombre civilizado. Entonces le parecerá naturalmente absurdo imponer a nadie por la fuerza la verdad, la razón y la justicia. Sabiendo, además, que estas últimas son variables en relación a los conocimientos adquiridos por el hombre, no las presentará como conclusiones perfectas o finales, sino como proposiciones relativamente satisfactorias, que su interlocutor puede o no aceptar, sin acatarlo ni ofenderlo, según el caso. Reconocerá, entonces, como autoridad justa, la del saber, adquirido por el estudio y la experiencia, y se apresurará a aceptarla con verdadero gozo espiritual, como se acepta toda dirección fundada en el conocimiento; pues de tal modo incorpora este último a su ser, alcanzando con ello la más alta satisfacción y provecho espirituales, al par que elige también, dándose, con la aceptación, su propio Gobierno.

La democracia, como función gubernativa, viene a consistir entonces en el empleo de toda capacidad personal para el bien común; sin estorbos

ni privilegios sociales, religiosos o económicos, lo cual exige ante todo la igualdad en el bienestar necesario para adquirirla y ejercitarla; pues la miseria reduce prácticamente a la ignorancia y a la servidumbre. Miseria y plebe son sinónimas, y la plebe es la negación de la verdadera democracia. Entregar el Gobierno a la plebe, como resulta fatalmente con el procedimiento mayoritario, no es realizar la democracia, sino crear la demagogía. Aquello requiere como medida primordial la supresión de la plebe, mediante la abolición de la miseria y de la ignorancia.

El ideal democrático de la plebe no es el bien público, sino el pillaje de la Administración. Convertida por la democracia mayoritaria en canalla gobernante, el experimento confirmatorio de mi postulado repítase por doquier. Aplicando a rigor su derecho de más fuerte, engendra en Rusia la dictadura proletaria, uno de los más negros despotismos de la historia, reniega cínicamente de la libertad, que llama «prejuicio burgués», retrocede como sedienta de iniquidad a su fuente bárbara, ejercita la paradoja nihilista de engendrar con un programa paradisíaco el hambre, la desesperación y la muerte, porque el nihilismo es, en suma, el programa de la barbarie, para enseñar una vez más al mundo que entre la democracia mayoritaria y la verdadera, hay la misma diferencia que entre la prostitución y el amor.

Una vez más, digo, porque ya se vió la catástrofe de la civilización bajo análogo programa, cuando destruyeron el paganismo los cristianos y los bárbaros del Norte. De suerte que sabemos a qué atenernos. La plebe es una horda interna que acaba siempre por entenderse con las hordas de invasión, y tal es en la actualidad el espectáculo de Europa. Resumamos: plebe y barbarie son correlativas; y la democracia de la justicia y de la libertad, no de la fuerza bruta del número, es un estado superior de civilización.

¡Cómo no hemos de ser, entonces, abstinentes en tal sistema! Mientras llega la hora de abolirlo, que ya vendrá, ésta es la única forma de ser revolucionarios.

La hora se aproxima, en efecto; y corresponde a la grande bienamada Italia, predilecta de la libertad latina, el primer paso decisivo, paso de jefe,